# Rambo en Chinatown

ROLANDO PEREZ BETANCOURT

Lo peor de **Manhattan Sur** (85) es que su director, Michael Cimino, se lo tomó en serio. Este controvertido director suele formular declaraciones acerca de "lo sensible" de su cine, las "complejidades" dramáticas que busca; sus "balances" humanos y otros términos que hacen pensar en alguien bien alejado de cualquier subrayado esquemático. Toda una sucesión de virtudes teóricas que a la hora de la verdad suelen transmutarse en un culto a la violencia más primaria y espectacular.

Guionista de "pura sangre" (**Fuerza Magnun**–73–), los filmes de Cimino no han dejado de estar acompañados por el escándalo. En 1980 su **Cazador de venados** obtuvo cinco premios Oscar y también el repudio de buena parte de la crítica internacional por la visión racista y tergiversada que en ella se ofrecía de los combatientes vietnamitas. Una fobia asiática que por mucho que Cimino lo niegue en entrevistas y conferencias de prensa también está presente en **Manhattan Sur,** esa película tan efectista como tendenciosa exhibida en televisión la noche del sábado y en la que Mickey Rourke, un buen actor en uno de los papeles más "químicos" de su carrera, se convierte en Sylvester Rambo Stallone, repartiendo mamporrazos en la selva asfáltica del Chinatown.

¿Es que alguien duda que en el pintoresco barrio newyorkino —como en otros muchos del gran país— pululen la droga y el crimen? El mismo Rourke, que estuvo tres meses allí junto a la policía preparando su personaje del implacable capitán Stanley declaró haber presenciado 32 escenarios de crímenes cuando todavía la sangre estaba caliente. Lo que sucede es que los resortes dramáticos de la trama —donde también se hacen referencias a las guerra de Corea y Viet Nam— están montados de forma que el duro y vengativo capitán de la policía no reaccione tanto contra el mundo del vicio en el que se encuentra insertado como frente al "terror amarillo" que lo proporciona. Detrás del aparente intento sociológico por explicar el **qué**, Cimino desarrolla una serie de **cómo** que parecen surgidos de aquellos seriales de sanguinarias intrigas asiáticas que hicieron época en el cine de los años treinta y cuarenta, y que en la infancia de este cronista le provocaban un miedo atroz cada vez que pasaba frente a una lavandería de chinos, de las muchas existentes en La Habana.

De nada le valió a Cimino "compensar" su fobia poniendo una buena asiática en el terreno amoroso del capitán Stanley, tal como hiciera Pan Cosmato en el segundo **Rambo** para cuidarse de las críticas. El odio que se desprende del enfrentamiento entre As Tai, el joven príncipe de la mafia amarilla (John Lone) y el blanco capitán Stanley adquiere tales magnitudes de venganza justificativa en este melodrama, que en caso de volar el Chinatown completo al policía no le faltarían aplausos. El **match** peliculero entre las razas, tan viejo y utilizado por Hollywood desde los tiempos de indios y vaqueros cristaliza una vez más en este **Manhattan Sur**, cinta con algunos buenos resultados técnicos y no pocas piedras rememorativas en su trillado camino, entre ellas **El Padrino**.

En los Estados Unidos, **Manhattan Sur**, allí denominado **El año del dragón**, fue motivo de vivas polémicas. Todas las asociaciones chino–norteamericanas la boicotearon acusándola de racista y trataron de llevar este rechazo a otras comunidades asentadas en diversos países. Era 1985 y John Lone acababa de ser seleccionado por Bertolucci para el protagónico de **El último emperador**. En medio de fuertes críticas de sus conciudadanos por prestarse a encarnar al "príncipe" Tai, la revista Newsweek lo entrevistó. Fue tan ambiguo como pretende Cimino sean sus personajes: "Un excelente filme —dijo Lone de **Manhattan Sur**—, y yo, como cualquier actor, un pequeño engañador".